

El gallo madrugador

Se llamaba Vicente, el gallo más hermoso de San Benito, extrañamente el único gallo que en ese pueblo hacía escuchar su melodiosa clarinada. Más lejos, cerca del pueblo grande, apagado y débil se oía el canto de otros gallos, pero el clarín de Vicente era el más nítido y vibrante.

Pancho Calatayud, su dueño, lo cuidaba con justificado esmero, no sólo por su gallarda y soberbia figura, sino porque con Vicente había empezado su racha de buena suerte. Le daba, como una ofrenda, los mejores granos y las más vistosas gallinas. Gustaba sentir en sus manos el cosquilleante picoteo sobre los granos de maíz.

Con las primeras clarinadas de Vicente, el pueblo emergiendo entre la luz rosa o cenicienta del amanecer, Calatayud se levantaba con el corazón lleno de insobornable optimismo. La vida le sonreía. Sentía un enorme gozo con la tibieza de los primeros rayos del sol.

El primer año de su buena suerte compró un camión y dos terrenos. Y todo empezó con la compra de Vicente en la feria de Punata. Hasta entonces Calatayud trabajaba como chofer asalariado, sufriendo de los riñones y de la fuga de su mujer con otro hombre. No pensó dos veces cuando vio al gallo amarrado a un poste por una pata, un magnífico ejemplar valluno: altiva la roja cresta, el pecho inflado de ancestral orgullo, la cola proyectada en arco hacia el suelo, como cascada de luces, el sol refulgiendo en sus pintas negras y grises, verdes y azules, blancas y doradas. Ni siquiera regateó, porque alguna voz íntima le dijo que no era buen augurio discutir por un gallo así. "Cien pesos" propuso la mujer y Calatayud pagó con el gesto de los hombres que meten la mano al bolsillo seguros de lo que hacen.

Con el gallo alzado bajo el brazo, intuyendo que sus desdichas se iban a terminar, Calatayud fue a la chichería para festejar la adquisición.

Las mujeres, como la misma vida, también empezaron a sonreírle, más aún cuando lo veían pasar con su enorme camión Volvo. Las cholas más hermosas de Punata, centro de sus actividades, relucían sus mejores joyas para esperarlo y competían en el arte culinario poniendo en su mesa exquisitos picantes vallunos y las chichas más doradas y deliciosas. Calatayud sonreía al pensar que las mujeres acudían a sus solicitudes y requiebros como las gallinas de Vicente, convocadas por sus arrullos y los movimientos rítmicos del pico jugueteando con un grano. Empezó a ponerse rechoncho y mirar con desdén a los demás.

El segundo año de su buena suerte compró otro camión y una hectárea de tierra en el mejor lugar de Punata. "Debe tener pacto con el diablo o está metido en el negocio de la blanca", murmuraban los que conocieron sus penurias de chofer a sueldo y marido engañado, pero él sonreía muy seguro de sí mismo, ajeno a cualquier rumor. Sabía que la gente no tiene buenos ojos para el que progresa. En poco tiempo más compró una casa cerca de la plaza de Punata y se amancebó con dos prósperas chicheras. Todo esto lo atribuía a Vicente. "El gallo más hermoso del mundo", proclamaba levantando, eufórico, su copa para brindar con los que prestaban oídos a la historia de su fortuna. "Me costó trescientos", se jactaba. "Pero, como ustedes saben, por gallo así no se puede discutir. Ahora no lo vendo por nada. Pueden verlo, eso sí. Pueden traer incluso sus gallinitas para que se las pise, pero siempre que sean finas",

remataba con una carcajada que le estremecía todo el cuerpo.

Para Pancho Calatayud amanecía sólo porque Vicente alzaba al cielo su limpido clarín, desde su estaca en el patio de las granadas. Y amanecía sólo para que él iniciara con éxito una nueva jornada en sus actividades como rescatista de la papa y los cereales que producía la región, y vendedor, doblando los precios, en las ferias de Punata y la ciudad.

Llegaba a su casa y evidenciaba por el tracto la existencia de Vicente. Le hacía una caricia en la cresta -el gallo lo miraba con sus pupilas brillantes-, y se iba a dormir pensando en sus planes del siguiente día.

El día de la fiesta de la Virgen de Copacabana llegó tarde, lleno de mixtura y cabeceando por el peso de numerosos cocteles y tutumas de chicha. Se tiró en la cama sin desvestirse y durmió como un tronco.

Pancho Calatayud tenía la matemática costumbre de despertar con el primer clarín del gallo; presintiendo las primeras luces del día, emergía del más pesado sueño, pero aquella noche durmió largo sin que Vicente le anunciara el amanecer. Despertó tal vez escuchando la clarinada entre la bruma etílica de sus sueños. Saltó al patio en busca de agua y vio que la noche era todavía cerrada. Encendió una vela y consultó su reloj: las cinco y media. Para salir de dudas sacudió la pulsera y pegó la oreja para sentir el tic-tac. A esa hora él ya estaba sentado al volante de su camión, luego de mojar la cara y tomar un jarro de café humeante, volvió a mirar el cielo y se asustó de que siguiera oscuro.

Todo el pueblo de San Benito ya estaba acostumbrado a escuchar las primeras clarinadas de Vicente entre las cuatro y las cinco de la mañana. Por eso, desconcertado, Pancho Calatayud no tardó en estar junto a la estaca de Vicente con la vela en la mano y distinguir, en la penumbra del suelo, la sangre del gallo degollado y todavía caliente.



Latinas
Editoras

DOCE AÑOS FORJANDO LA CULTURA
BOLIVIANA A TRAVÉS DEL LIBRO
10/XII/86 - 10/XII/98

"Lo que la escultura es al bloque de mármol,
la educación es al alma"

Calle Sucre N° 1104 entre Potosí y Linares
Teléfono 89488, Fax 80716, Celular 01540044

Casilla de Correo N° 878
EMAIL: latinadec@mas.net
BOLIVIA